

cinco años que duró la II República; sin embargo, las manifestaciones de anticlericalismo (los incendios de iglesias quizá sea el episodio más conocido, pero no el único) fueron una constante en la idea, ya mencionada, de que para que España entrara en una cada vez más acuciante etapa de progreso, debía eliminar el estorbo que supuestamente suponía la Iglesia Católica.

En definitiva, nos encontramos, como ya hemos dicho al inicio de esta recensión, ante un extraordinario instrumento de trabajo, que, si bien no supone reescribir la Historia de la Iglesia en España durante estos años, sí permite llenarlo de matices nuevos y en ocasiones muy relevantes que no vienen sino a enriquecer lo ya conocido sobre el tema. Por ello, con la clarificación de la postura tomada por la Santa Sede y, en particular, por el Papa Pío XI, pasamos a situarnos en una posición de privilegiado conocimiento de una etapa tan compleja como trágica de nuestra Historia reciente.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

CAGIGAS OCEJO, YOLANDA, *La revista Vida Nueva (1967-1976). Un proyecto de renovación en tiempos de crisis* (EUNSA, Pamplona 2007), 378p., ISBN: 978-84-313-2450-6.

La obra que hoy se nos presenta aborda un tema poco habitual en las tesis doctorales, como es el de las publicaciones vinculadas al mundo católico. Sin embargo, Yolanda Cagigas, en la actualidad Directora del Archivo de la Universidad de Navarra, ha querido abordarlo en un momento especialmente oportuno: cuando se cumple medio siglo desde la fundación de la revista *Vida Nueva*. Perteneciente a la Compañía de María (Marianistas), esta publicación constituye desde prácticamente su creación uno de los grandes elementos de referencia para aquellos que desean seguir la actualidad de la Iglesia Católica tanto universal como española. En ese sentido, la revista ha llegado al inicio de siglo en un buen momento, afectada como todo lo católico por el fenómeno secularizador, pero llena de vitalidad.

Así, la investigación de Yolanda Cagigas se centra en un momento tan concreto como crucial para la Historia de la Iglesia en España: los años 1967-1976, es decir, la década que transcurre entre la recepción del Concilio Vaticano II y los inicios de la Transición a la democracia. Sin embargo, la autora no se guía por estos hitos fundamentales, sino por otros, ya que ésta fue la etapa en que José Luis Martín Descalzo asumió la dirección de la revista (prácticamente, pues hasta noviembre de 1968 el Director había sido José María Pérez Lozano) y le dio un impulso de gran relevancia. Martín Descalzo era en aquel momento, si no el más, sí uno de los más influyentes periodistas del mundo católico. Sus crónicas sobre el Concilio, recogidas en cuatro voluminosos tomos de una obra sobre el magno evento eclesial que fueron publicadas entre 1963 y 1966, habían alcanzado gran resonancia, y, por ello, su nombramiento estaba cargado de intención. En realidad, la intención era doble: no sólo había que dar un impulso a la publicación, sino también ponerla al servicio de la renovación de la Iglesia siguiendo el camino que marcaban los diferentes decretos, constituciones y documentos del Concilio que acababa de finalizar. Es precisamente esta última cuestión alrededor de la cual girará la tesis central de Yolanda Cagigas: *Vida Nueva* no fue

durante aquellos años tan sólo una relevante publicación periódica del mundo católico, sino, sobre todo y ante todo, un proyecto de renovación para una institución que estaba iniciando una etapa de crisis.

Y es que debemos recordar que, en el momento de ser nombrado Director José Luis Martín Descalzo, eran muchas y muy importantes las cuestiones que se encontraban encima del tapete. Para empezar, un Concordato firmado quince años antes que era más un problema que una solución: había sido hijo de un tiempo superado por las circunstancias históricas, y ni la Iglesia sabía cómo sacudírselo de encima, ni el régimen de Franco sabía cómo hacerlo cumplir. Además, la renovación teológica llevada a cabo por toda una generación de teólogos europeos (entre los que se encontraba el futuro Papa Benedicto XVI, entonces joven sacerdote llamado Joseph Ratzinger) había dejado al descubierto las inmensas carencias de la Teología en España, inmersa en otro tiempo y sin hombres capaces de ponerla en práctica a no ser que fuera recurriendo a lo ya conocido. Este hecho había sido percibido por muchos sacerdotes y seminaristas que, en no pocos casos, comenzaban a cuestionarse el sentido de su vocación religiosa, que el tiempo se encargó de demostrar que era más fruto de una España sumida en un atraso secular y donde la carrera eclesial era una manera de escapar de la pobreza, así como de promocionar personalmente, que de un auténtico sentimiento personal. Las secularizaciones ya se habían iniciado, pero tras el Concilio éstas alcanzarían una velocidad de vértigo que haría en muchos temer lo peor.

Así, *Vida Nueva* debía ser un elemento central en la renovación de la Iglesia. Porque ese era el mensaje que se lanzó desde algunos sectores del catolicismo español: renovarse o morir. El problema, en ese sentido, es que la institución, y muy en particular su episcopado, estaba lejos de contemplar con unanimidad lo que debía hacerse en el futuro. Unos abogaban por dar un paso atrás para luego tomar impulso, considerando clave el mantenimiento de lo tradicional y de los elementos inalterables de la religión católica y del magisterio de la Iglesia. Otros, en cambio, pensaban que la reforma debía hacerse en profundidad, y que el fruto de esa reforma debía ser una Iglesia nueva para un tiempo nuevo.

En este segundo sector pronto descollaría una figura, la del Cardenal Vicente Enrique y Tarancón. Este prelado castellonense había llegado a obispo a una edad muy temprana, cuando ni siquiera había cumplido los cuarenta años, pero había estado tanto tiempo en su primera diócesis (Solsona, prácticamente veinte años) que todo hacía creer que su fulgurante carrera eclesial quedaría en bastante menos. Sin embargo, el Papa Montini había decidido sacarle del ostracismo y le había mandado primero a Oviedo (1964) y luego a Toledo, la «sede primada» (1969). En esa promoción había jugado un papel fundamental no sólo el perfil aperturista que acreditaba Tarancón (era uno de los pocos que se había atrevido a discrepar públicamente del franquismo, aunque hubiera sido tan sólo en una ocasión), sino también el enrocamiento en posiciones inmovilistas del entonces Arzobispo de Madrid-Alcalá y Presidente de la Conferencia Episcopal española, Casimiro Morcillo. Así, al tiempo que Roma se encargaba de ir promocionando a obispos aperturistas que pudieran permitir la llegada de Tarancón a la dirección del máximo organismo del episcopado, éste comenzaba a rodearse de un grupo mediático que le permitiera soportar las embestidas tanto del sector conservador de la Iglesia como del régimen franquista, que no estaba dispuesto a perder el apoyo de una de sus tres familias institucionales. Y en ese grupo

mediático el principalísimo papel lo debía jugar José Luis Martín Descalzo, a nuestro juicio por varias razones: en primer lugar, porque desde 1966 llevaba la sección religiosa del diario *ABC*, uno de los grandes diarios nacionales; en segundo lugar, porque conocía de sus tiempos como estudiante en Roma en el Colegio Español (1948-1954) a otros relevantes periodistas de medios católicos como eran Antonio Montero Moreno (quien con el tiempo llegaría a ser Arzobispo de Mérida-Badajoz) y José María Javierre (hermano del Cardenal Antonio María Javierre), lo que le permitiría conformar un destacado equipo de colaboradores; y, en tercer lugar, porque añadía a su doble condición de sacerdote y periodista el hecho —como recuerda muy bien Yolanda Cagigas— de haber ganado a una edad muy temprana el prestigioso Premio Nadal por medio de su libro *La frontera de Dios* (1956).

Los destinos de Tarancón, Martín Descalzo y *Vida Nueva* quedarían definitivamente unidos cuando, como hemos dicho ya, a finales de 1968 el segundo se convirtió en el Director de la publicación. El éxito sería prácticamente inmediato: según datos proporcionados por la autora (que se basa, a su vez, en los que daba entonces la revista), Martín Descalzo consiguió que en tan sólo un año (el que transcurrió entre finales de 1967 y finales de 1968) la revista pasara de tirar 10.500 ejemplares a 13.000; es más, a la altura de 1970 ya se habían sobrepasado las dos decenas de millar, y en 1974 se alcanzaría una cota máxima de 26.364 que luego comenzaría a descender. Teniendo en cuenta que en aquel momento el clero español rondaba los 22.000-23.000 efectivos, podemos suponer el impacto que la revista pudo llegar a tener.

Desde esa perspectiva, la investigación de Yolanda Cagigas no se ha conformado con utilizar tan sólo la información proporcionada por la revista. Siguiendo una rigurosa metodología histórica, ha trabajado con archivos tan importantes como el del propio José Luis Martín Descalzo y también el del obispo José Capmany, así como el del Rectorado de la Universidad Pontificia de Salamanca. Igualmente, ha recurrido a diversas fuentes secundarias, ya sean diarios de la época (*ABC*, *Arriba*, *Informaciones* o *Ya*), publicaciones del mundo católico (*Ecclesia*, *Iglesia Viva* o *L'Osservatore Romano*) o elementos siempre necesarios como, por ejemplo, el *Boletín Oficial del Estado*. Todo ello se ha visto completado por una profusa bibliografía formada tanto por obras clásicas como por investigaciones muy recientes.

Así, la obra se divide en tres grandes partes que, a su vez, engloban un total de quince capítulos que vienen precedidos de un capítulo cuya función es presentar la revista *Vida Nueva* en sus diferentes elementos (orígenes, la conformación de un nuevo formato, su difusión, el balance económico). De esta manera, la primera parte se centra en lo que es la construcción de un proyecto y, en relación con ello, afirma que entre diciembre de 1967 y junio de 1968 lo que aconteció fue el estreno de una línea editorial. Línea editorial que pronto dejó claras sus líneas fundamentales: apoyo sin fisuras al Papa Pablo VI, no tanto por fidelidad al magisterio pontificio sino por el decidido impulso que el Papa Montini dio a la renovación en el seno de la Iglesia Católica universal; distanciamiento del franquismo, en función no sólo de su rígido concepto de las relaciones Iglesia-Estado, sino sobre todo de su carácter dictatorial (a juicio de Yolanda Cagigas, en algo que resulta un tanto discutible, el semanario veía con «especial agrado al socialismo» a la altura de 1970); y, en definitiva, apuesta por un cambio que no debía detenerse hasta ser realmente apreciable en todas sus dimensiones.

Dentro de todo este tema, jugaría un papel fundamental la célebre *Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes*, celebrada en septiembre de 1971. Esta asamblea, que pretendía algo inédito en la Historia de la Iglesia española (el diálogo franco y directo, prácticamente de tú a tú, entre obispos y sacerdotes), había venido precedida de una Encuesta al Clero que había sacado a la luz las tensiones existentes entre los dos grandes sectores de la Iglesia española (el aperturista, liderado por Tarancón, y el conservador, encabezado por Morcillo). La actitud de algunos obispos había sido la de participar muy activamente en la organización de este evento, pero otros habían optado por darle la espalda, lo que hizo que la *Asamblea Conjunta* se celebrara con las espaldas en todo lo alto. En realidad, y así lo pone de manifiesto la segunda parte de esta tesis doctoral, la *Asamblea Conjunta* iba a convertirse en la piedra de toque sobre la alternancia real en el liderazgo de la Iglesia española. Tarancón, que en el momento de celebrarse la asamblea era Vicepresidente de la Conferencia Episcopal, no tenía ya la competencia de Morcillo, pues éste había fallecido tan sólo unos meses antes (mayo de 1971), pero faltaba por confirmar que la Santa Sede apoyara el cambio tan importante que el ya cardenal castellanense quería llevar a cabo en el seno de la Iglesia española.

Y es precisamente en este contexto cuando haría acto presencia el llamado «documento romano», emanado de la Sagrada Congregación del Clero. Es quizá éste uno de los temas más polémicos dentro de la tesis doctoral de Yolanda Cagigas. Porque Cagigas se suma a la idea de que realmente esta congregación romana había desautorizado los trabajos de la *Asamblea Conjunta* y, por tanto, había dejado en evidencia a Tarancón. Es más, acepta la hipótesis de que el documento se perdiera de manera «natural» y que por ello no llegara a Tarancón y sí al Arzobispo de Toledo, Marcelo González Martín (nuevo líder del sector conservador). El problema es que la versión dada por Tarancón (que era que José Guerra Campos, como Secretario General de la Conferencia Episcopal, en lugar de hacer llegar ese documento a Tarancón, había optado por filtrarlo a la prensa, provocando un monumental escándalo que obligaría a Tarancón a viajar a Roma para lograr el apoyo explícito cuando faltaban pocos días para las elecciones de la Conferencia Episcopal que debían convertirle en Presidente de la misma) resulta, a nuestro juicio, bastante más creíble.

Lo cierto es que —en eso sí estamos de acuerdo— *Vida Nueva* inmediatamente cerró filas en torno a Tarancón y le apoyó en esos momentos de extraordinaria dificultad. Y no era la primera vez que lo hacía, porque *Vida Nueva* (por cierto, éste es un tema en el que debería haber profundizado más la autora, o al menos así lo vemos) ya se había encargado de socavar los cimientos de cualquier posible renovación de la unión Iglesia-Estado en España a través de una campaña contra el llamado *Anteproyecto Casaroli-Garrigues* fulminado por los obispos españoles a comienzos de 1971 con la contundente afirmación de que resultaba «inhábil» para regular las relaciones Iglesia-Estado. En ese sentido, debemos señalar que quizá una de las más interesantes aportaciones de Cagigas es la demostración de que la revista adoptó, en ocasiones, una postura muy crítica hacia la figura de Pablo VI, especialmente a partir de la publicación de la encíclica *Humanae Vitae*.

La tercera y última parte del libro de Cagigas se centra en lo que ella llama «el empeño por realizar el programa» de renovación eclesial en tiempos de crisis. Y lo dice acertadamente porque los últimos años del franquismo fueron particularmente

difíciles, especialmente los últimos meses de 1973, que se iniciaron con la sublevación de los sacerdotes presos en la llamada «cárcel concordataria» de Zamora y finalizaron con el asesinato del entonces Presidente del Gobierno, el Almirante Luis Carrero Blanco (20 de diciembre). En relación con ello, y a la luz de la obra de esta historiadora de la Iglesia, se hace perceptible la permanente relación entre los acontecimientos eclesiales y los de tipo político, por lo que *Vida Nueva* se convirtió en un activo participante en el debate sobre el futuro de España, y realizó una gran labor a favor de algo que hoy no es suficientemente reconocido (el importantísimo papel de la Iglesia española en la construcción de nuestra actual democracia).

El libro concluye con unas conclusiones tan valientes (porque no le falta atrevimiento a la autora) como en ocasiones discutibles. Señala Cagigas que el éxito del semanario durante los años estudiados se encontraba en directa relación con el hecho de que la Iglesia, en aquellos tiempos, era noticia de interés. Es posible. Con lo que estamos plenamente de acuerdo es con aquello que señala de que uno de los principales objetivos de *Vida Nueva* era alentar la desvinculación de la Iglesia del régimen franquista, entre otras cosas porque creía que la renovación conciliar en España pasaba por el cambio de régimen político. También tiene razón cuando dice que, a pesar de proclamarse abiertamente aperturista, la publicación caía habitualmente en el clericalismo y, sobre todo, en el episcopalismo, dejando de lado a los seglares a los que teóricamente debía haber promocionado más y dirigiéndose la mayor parte de las veces a los obispos españoles. Sin embargo, discrepamos de ella cuando afirma que el proyecto de renovación que la revista pretendía llevar a cabo adolecía «de notables carencias», porque, como ha puesto precisamente de manifiesto esta investigación, fueron muchos y muy importantes los temas abordados por la publicación. En ese sentido, no puede acusársele de haberse instalado cómodamente a la sombra del poder, porque se atrevió a suscitar temas tan controvertidos como la opcionalidad del celibato sacerdotal, la posibilidad de que los clérigos compaginaran su actividad pastoral con otra actividad profesional e, incluso, la apertura de un debate en torno a la ordenación sacerdotal de la mujer. No obstante, debemos señalar, a modo de conclusión, que la obra de Yolanda Cagigas constituye un excelente trabajo de investigación, que es fruto de una reflexión serena y rigurosa (las discrepancias son siempre algo natural cuando alguien ha vertido opiniones arriesgadas, pero resultan sumamente estimulantes para hacer avanzar el debate historiográfico) y que, por ello, debe convertirse en un importante elemento de referencia para futuras investigaciones sobre la Historia de los medios de comunicación católicos españoles.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.